

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Algunas consideraciones sobre el terror stalinista.

Besoky, Juan Luís.

Cita:

Besoky, Juan Luís (2009). *Algunas consideraciones sobre el terror stalinista. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/928>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Algunas consideraciones sobre el terror stalinista

Juan Luis Besoky.

El año 1932 encontró a la URSS sumida en el caos. Las políticas de colectivización e industrialización forzada (“la revolución de Stalin”) habían transformado a la sociedad, destruido a grupos y clases prominentes en la antigua escena social y abolido la propiedad privada y el mercado, reemplazándolos por una forma de socialismo nueva, nunca ensayada y en cambio perpetuo. Al decir de Getty y Naumov: millones de campesinos y propietarios estaban furiosos y confusos; otros millones de personas habían sido asesinadas o habían muerto de inanición. Nadie comprendía realmente como funcionaba o debía funcionar la economía, ni siquiera sus nuevos gestores. Nadie, incluidos los especialistas en labores de inteligencia, tenía una idea definida acerca de qué pensaba la población o quién organizaba actividades subversivas.

En este contexto podía comprenderse que el control del partido comunista sobre la población era bastante escaso. El régimen sólo podía llevar a la práctica sus decisiones políticas recurriendo a movilizaciones violentas y en buena medida incontroladas. Como decía Molotov, ‘En nuestro país, puede ocurrir cualquier cosa cuando todo sucede a una escala tan grande’. Para Stalin y la elite de la nomenklatura, ya no bastaba con aplicar estrategias a gran escala y largo plazo. Ante la falta de tiempo el problema era la supervivencia semana a semana, buscando la manera de controlar el caos que habían desencadenado.

El inicio del gran terror

La mayoría de los historiadores coinciden en señalar que el período del gran terror se inició con el asesinato de Sergéi Kirov, el jefe del partido en Leningrado y, después de Stalin, una de las principales figuras del país. El hecho ocurrió el 1 de diciembre de 1934 y fue perpetrado por un miembro de las Juventudes comunistas llamado Sergei Nicolaiev quien fuera detenido en el lugar del crimen. Stalin y varios miembros del Politburó se trasladaron de inmediato a la ciudad y tomaron las riendas de la investigación. Dos días después de la matanza aprobaron un decreto que privó de los derechos ordinarios de la defensa a las personas acusadas de terrorismo, las cuales podían a partir de entonces ser condenadas en juicios sumarios y ejecutadas de inmediato. Este

decreto conocido como Ley de 1 de diciembre de 1934 se convirtió en el fundamento “legal” de de las millares de ejecuciones que se producirían en los cuatro años subsiguientes.

En respuesta al asesinato de Kirov se inició la represión en masa: setenta “blancos” fueron condenados a muerte y ejecutados, según el Pravda, el 4 y el 6 de diciembre. El 28 y 29 fueron juzgados a puerta cerrada doce miembros de las Juventudes comunistas, entre ellos Nicolaiev, quienes fueron inmediatamente ejecutados. Poco después, el 15 de enero, se abrió el primer proceso a puerta cerrada contra un grupo de viejos bolcheviques: Zinoviev, Kamenev, Bakaiev, Evdokimov y quince militantes y responsables de la organización de Leningrado quienes fueron acusados de haber constituido un “Centro de Moscú”. Si bien no se confesaron culpables reconocieron que su antigua oposición había generado un clima que incitó a otros a la violencia: aceptando entonces su “responsabilidad moral” el asesinato. El 19 fueron condenados a diversas penas de cárcel: al mismo tiempo, la N.K.V.D.¹ condenó sin juicio, a un centenar de comunistas de Leningrado. Finalmente, el 23 de enero, los responsables de la N.K.V.D. de Leningrado fueron a su vez condenados, por complicidad en el mismo asesinato, a diversas penas de cárcel. Como señala Pierre Broue los arrestos y las condenas administrativas se multiplican, y llegan continuamente a Siberia trenes repletos de “asesinos de Kirov”, como les llaman —no sin ironía— los veteranos de los campos.

Aún hoy hay diferencias entre los historiadores respecto a la responsabilidad de Stalin en el asesinato de Kirov. Sin embargo, para Getty y Naumov, si Stalin estuvo implicado, resultaría plausible aducir que tenía un plan a largo plazo de desencadenamiento del terror contra la elite. De lo contrario el terror subsiguiente debería explicarse fuera del marco de un plan global. Esta última posición es la más acertada puesto que el análisis de la reacción inmediata del régimen tras el crimen demuestra más sorpresa que planificación. Los estalinistas no parecían preparados para el asesinato y les dio pánico. De hecho, les costó más de dieciocho meses implicar en el homicidio a miembros de la oposición.

Si bien es cierto que los líderes stalinistas optaron progresivamente por politizar los crímenes e interpretarlos como conspiraciones políticas esto no sucedió de manera inmediata ni planificada.

¹ Comisariado Popular de Asuntos Interiores, organismo sucesor de la Cheka.

Pasarían varios meses antes de que el terror recomenzara a través de los procesos públicos con la reapertura del caso Kirov.

Los procesos Moscú

El primer proceso aconteció en agosto de 1936. Los 16 acusados (entre ellos Zinoviev y Kamenev) son condenados a muerte por el asesinato de Kirov y ejecutados 24 hs después. Al año siguiente en el mes de enero comenzó el segundo proceso cuando 15 de los 17 acusados (entre ellos Piatakov y Rádek) fueron acusados de actividades antisoviéticas y de inmediato ejecutados. Al mes siguiente fue arrestado Bujarin.

En esos momentos muchos de los acusados creyeron que el terror desatado en el partido era una secuela exagerada del asesinato de Kírov, y que el momento pasaría y sobrevendría una reconciliación interna en el partido. Sin embargo lejos de eso la represión y el terror aumentarían, aunque no sin altibajos.

En junio de 1937 se produjo la acusación contra el Estado Mayor. En un juicio militar secreto fueron fusilados 8 oficiales, entre ellos el Mariscal Turjachevsky, responsable de la modernización del Ejército Rojo. La represión continuó con el resto de la oficialidad: 3 de 5 mariscales, 60 de 67 comandantes, así como 136 de un total de 199 comandantes de división. Todos ejecutados.

Estos sucesos representan un punto de inflexión capital: se trata de la primera represión en grandes cantidades de personas que nunca habían sido opositores abiertos y siempre se habían alineado junto a Stalin en las diversas disputas internas del partido. En la segunda mitad de 1937, la nueva política consistió, esencialmente en destruir a cualquier sospechoso de deslealtades pasadas o presentes con respecto al grupo dirigente de Stalin. La mayoría de los comisarios populares, casi todos los primeros secretarios regionales del partido y millares de funcionarios fueron motejados de traidores y detenidos. Frecuentemente se les achacaron malos resultados en economía y agricultura durante 1936-37. Incluso la negligencia se había convertido en traición.

Al analizar estos hechos, Getty y Naumov plantean descartar la tesis de un plan global de Stalin de matar a todo el mundo y entender la vida política del decenio de 1930 como una historia polí-

tica en evolución, en la cual pugnaban por granjearse posiciones de poder personas y grupos con intereses propios. Stalin trataba desesperadamente de alzarse con el poder supremo e imponer disciplina entre su aparato mientras los lugartenientes querían seguir siendo lugartenientes. Al mismo tiempo la nomenclatura quería eliminar a sus rivales y controlar a quienes se hallaban por debajo de ella. Al decir de los autores: “Es posible que, en determinado momento, todos los protagonistas maniobraran por hacerse con parcelas de poder, empleando los instrumentos, lemas y discursos políticos a su alcance, sin que ninguno de ellos, incluido el propio Stalin, supieran adónde se dirigían”

En marzo de 1938, en medio de una gran purga dirigida contra toda la población, comenzó el Tercer proceso de Moscú conocido como “el proceso de los 21”. En éste, 18 militantes comunistas fueron condenados a muerte acusados de contrarrevolucionarios y agentes trotskistas. Entre ellos estaban: Bujarin, Rykov, Yagoda (ex jefe del NKDV), Bulanov y Krestinsky. Para finales de 1938 Yezhov, principal responsable de las purgas, cayó también en desgracia y fue ejecutado en 1940.

Las confesiones públicas

En su libro sobre Stalin, Walter Laqueur se pregunta por qué tanta gente creyó, durante tanto tiempo, en la culpabilidad de los acusados y los ejecutados, y por qué muchos aceptaron la responsabilidad de delitos grotescos que jamás habían cometido. Si los acusados de los falsos procesos no fueron narcotizados, ¿habían confesado delitos inexistentes por fidelidad al Partido Comunista? Muchos ni siquiera eran miembros de ese partido. Laqueur sostiene que el concepto de fidelidad hasta el fin puede haber sido un ingrediente de ciertas confesiones, pero sólo en el contexto del “tratamiento general” que incluía interrogatorios constantes (“el sistema de cinta transportadora”), la tortura moral y a veces físicas, las amenazas y la destrucción sistemática de la dignidad de una persona.

El autor tiende a desestimar la cantidad de confesiones debidas a la lealtad al partido, aunque a la luz de los documentos desclasificados esta hipótesis es la más probable. No hay que olvidar que ya desde mediados de la década del veinte las autocríticas habían sido algo así como un hábito ritual, según señala Deutscher, una rutina aceptada para los hombres derrotados de la oposición.

Estos habían empezado por admitir faltas ordinarias contra la disciplina, para terminar confesando pecados apocalípticos.

Sin embargo, como destaca Laqueur, si suponemos que un verdadero bolchevique debía estar dispuesto a sacrificar la vida por el partido, nada había en los estatutos del mismo que afirmase que también tenía que autoacusarse de traición, espionaje y terrorismo, es decir de los peores delitos políticos². Tal vez el señalamiento de Deutscher contribuya a entenderlo:

Si estos hombres incurrieron en semejantes ‘autocríticas’, no fue simplemente a causa de los duros golpes que Stalin les había asestado. El hecho mismo de que aceptaran someterse era prueba de que estaban políticamente exhaustos o de que su oposición era sólo tibia. Su edad por sí sola bastaba para explicar la fatiga... su desánimo aumentaba con la certidumbre de que los cambios logrados por Stalin, independientemente de lo que ellos pensaran de sus métodos, no podían ser anulados sin perjuicios para la revolución. Pese a todo el horror que les inspiraban sus métodos, todos, stalinistas y antiestalinistas, estaban en el mismo barco. Degradarse a sí mismos fue el rescate que le pagaron a su capitán. Sus declaraciones no era, por lo tanto, ni totalmente sinceras ni totalmente insinceras”³.

Hubo sí ciertos intentos de resistencia aunque a la larga resultaron fútiles. Muchos acusados resistieron hasta el fin, y negaron constantemente su culpabilidad. Entre ellos estuvieron, por ejemplo, Slepkov y Riutin, que varias veces intentó suicidarse. Estos casos nunca fueron llevados a proceso, y los eliminaron en los calabozos de Lubianka. Stalin intervino repetidas veces, exigiendo el empleo de medidas más duras para arrancar ‘confesiones’. Así, en una nota a Yézhov, fechada el 26 de mayo de 1937, escribió que Belobórodov, miembro de la oposición de izquierda que no había sido quebrado por los interrogadores, debía ser convencido de que estaba “en una cárcel, no en un hotel”. No quedan dudas de que muchos de aquellos que se negaron a participar del proceso público de autoinculpación nunca comparecieron en público y fueron eliminados de manera clandestina.

² Al respecto Getty y Naumov señalan: “El juicio a Bujarin ejemplifica lo que Karl Radek había llamado el ‘álgebra’ de la confesión. Según la fórmula de Stalin, la crítica equivalía a oposición; la oposición inevitablemente implicaba conspiración; la conspiración significaba traición. Algebraicamente, por lo tanto, la más mínima oposición al régimen, o la no notificación de dicha oposición, era parangonable a un acto de terrorismo. (...) Aunque Bujarin se negó a aportar los datos, admitió la lógica y la verdad del álgebra.” Getty, Arch y Naumov, Oleg; **La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques**, España, Crítica, 2001. p. 420.

³ Deutscher, Isaac; **Stalin. Biografía política**. México, Era, 1965. p.326.

De todas formas queda pendiente la pregunta de por qué necesitaba Stalin el espectáculo de las confesiones públicas. Parece claro que su intento consistió en el de destruir a los hombres que representaban la posibilidad, por remota que fuera, de gobiernos alternativos al suyo, o incluso de aquellos lo hubieran criticado en el pasado. Tal vez, para entender las razones de Stalin de acusar a fervientes comunistas de los peores crímenes valga la pena citar nuevamente a Deutscher:

Sus acusaciones a la oposición fueron, desde luego, invenciones desvergonzadas. Pero se fundaban en una “verdad psicológica” pervertida, en una previsión, grotescamente brutalizada y deformada de posibles acontecimientos. Stalin probablemente razonó de esta manera: Ellos podrían querer derrocarme durante una crisis. Yo los acusaré de haber hecho ya el intento. (...) De haber sido ejecutados como meros opositores de Stalin, o incluso como conspiradores que trataban de sacarlo del poder, muchas personas los hubieran considerado mártires de una buena causa. Era preciso que murieran como traidores, como autores de crímenes al margen de toda razón, como jefes de una monstruosa quinta columna. (...) No es necesario suponer que obró movido por la pura crueldad o sed de poder. Podemos concederle que el crédito de sus acciones servían a los intereses de la revolución y de que sólo él interpretaba correctamente esos intereses.

De manera similar entiende Merleau Ponty los procesos de Moscú. Estos son actos políticos y no operaciones del conocimiento. Su forma y estilo son revolucionarios pues ser revolucionario es juzgar lo que existe en nombre de lo que todavía no existe, tomándolo como más real que lo real. Según el autor, la justicia burguesa toma al pasado como última instancia, la justicia revolucionaria al porvenir. Los procesos no crean una nueva legalidad, puesto que aplican a los acusados las leyes preexistentes, pero sin embargo son revolucionarios en el hecho de sentar como absolutamente válida la perspectiva stalinista del desarrollo soviético, como absolutamente objetiva una determinada visión del futuro.

Respecto a la cuestión de por qué tanta gente creyó durante tanto tiempo en la culpabilidad de los acusados, la respuesta de François Furet parece la más convincente. Al referirse a las repercusiones de los procesos de Moscú en Europa él sostiene que si los hechos confesados eran falsos y, por consiguiente, las confesiones carecían de valor, ¿Qué podía pensarse de un régimen que las convertía en sus instrumentos de propaganda y justificaciones de combate? Al fin y al cabo, como dice Furet, “Si Trotski era inocente entonces la moral dejaba de estar a la izquierda, de tal modo que la aceptación de esas avalanchas de confesiones correspondía menos a una convicción razonada, con base en el examen de su contenido, que a un afán más o menos consciente de no

dudar de la causa de la revolución soviética.”⁴ Las razones podían ser varias, algunos creyeron las confesiones porque eran fieles comunistas, otros porque necesitaban una buena imagen de la Unión Soviética para que la lucha antifascista conservara su sentido; otros, sin duda, por temor a caer en un antisovietismo reaccionario; y otros, por último simplemente porque la URSS de Stalin se había convertido en una gran potencia además de un potencial aliado en la lucha contra el Eje.

Un terror ciego, de masas

En 1936 la URSS había adoptado una nueva constitución, la primera desde 1918, que al decir de Stalin marcaba el fin de la lucha de clases, consolidando la transición de la dictadura del proletariado al socialismo. Esta nueva constitución garantizaba para todos los ciudadanos, independientemente de la clase a la que habían pertenecido, iguales derechos y libertades civiles. La desaparición de los kulaks y burgueses hacía innecesaria la discriminación de la anterior constitución. En junio de 1937, el Comité Central estableció la libertad de votos al conjunto de la población adulta, incluidos grupos como los antiguos oficiales de la guardia blanca, la policía zarista y los kulaks, en un sistema electoral con papeletas secretas. Esta medida, sin embargo, contó con la reticencia de varios líderes locales quienes sostuvieron que esta propuesta estaba dando nuevas esperanzas y revitalizando a varios enemigos de clase antibolcheviques que pretendían organizarse legalmente. Esto llevó a que los miembros del Politburó empezaran a temer perder el control que tan dificultosamente habían conseguido. Según señalan Getty y Naumov, el mismo día en que la prensa publicó la normativa sobre las inminentes elecciones, Stalin envió un telegrama a todas las organizaciones del partido en el que exigía la ejecución en masa de los elementos anti-soviéticos.

Documento 133. Telegrama de Stalin sobre los elementos antisoviéticos, 3 de julio de 1937. Destinatarios: camarada Yezhov, secretarios de comités regionales y territoriales, comités centrales de los partidos comunistas regionales.

...Recomienda a todos los secretarios de las organizaciones regionales y territoriales y a todos los representantes del NKDV en las regiones, los territorios y las repúblicas, la elaboración de un registro sobre todos los kulaks y criminales que han regresado a sus hogares con objeto de que los más hostiles de entre ellos sean de-

⁴ Furet, François; **El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX**. México, FCE, 1995. p. 323.

tenidos y ejecutados mediante un procedimiento administrativo sumario por una comisión de tres hombres y que los restantes elementos, menos activos pero con todo hostiles, sean inscritos en un registro y deportados a los distritos fijados por el NKDV...⁵

El motivo parece evidente: si la URSS iba a “normalizar” la política, debía cerciorarse de que cualquier potencial opositor desapareciese. Al decir de Sheila Fitzpatrick estaban los antiguos enemigos, quienes habían perdido sus privilegios durante la revolución, sacerdotes, etc. Y ahora había nuevos enemigos, las víctimas de la liquidación como clase de los hombres de la NEP y los kulaks. “¡Cuántos aparentemente leales jóvenes del Komsomol andaban por ahí ocultando el hecho de que sus padres habían sido kulaks o sacerdotes! No era sorprendente que, como advertía Stalin, los enemigos de clase individuales se volvieron aún más peligrosos cuando la clase enemiga era destruida.”⁶

En las semanas siguientes las autoridades regionales responderían al telegrama de Stalin proponiendo un número preciso de “elementos antisoviéticos” a ejecutar y deportar, superando con creces las previstas desde el centro.

La represión continuó durante todo el mes llegando a un punto culminante con la orden ejecutiva del 30 de julio de 1937, la cual, sin lugar a dudas, debe ser considerada como una de las más estremecedoras de la historia moderna. Esta orden prescribía la ejecución sumaria de más de 72.000 personas que no habían cometido ningún delito punible con pena capital y que debían ser juzgadas rápidamente por órganos extralegales.

Documento 134. Orden ejecutiva del NKDV “sobre el castigo de kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos”, 30 de julio de 1937.

(...) Un número considerable de mandos de mando de los partidos políticos antisoviéticos (socialistas revolucionarios, mencheviques georgianos, dashnak, musavatistas, ittihadistas, etc), así como de jefes de antiguos miembros activos de insurrecciones de bandoleros, miembros de la Guardia Blanca, de expediciones punitivas, repatriados, etc, sigue gozando de impunidad en el campo. Algunos de estos elementos citados han abandonado el campo y se han dirigido a las ciudades, donde se han infiltrado en las empresas de la industria, el transporte y la construcción. (...)

⁵ Tomado de: Getty, Arch y Naumov, Oleg; **Op. Cit.** pp. 372-373

⁶ Fitzpatrick, Sheila; **La revolución rusa.** Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores Argentina, 2005. p. 212.

...ORDENO QUE, A PARTIR DEL 5 DE AGOSTO DE 1937, TODAS LAS REPÚBLICAS Y LAS REGIONES PONGAN EN MARCHA UNA CAMPAÑA DE DE MEDIDAS PUNITIVAS CONTRA LOS ANTIGUOS KULAKS, LOS ELEMENTOS ANTISOVIÉTICOS Y LOS CRIMINALES EN ACTIVO...

Todos los kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos sujetos a medidas punitivas se clasifican en dos categorías:

a) A la primera categoría pertenecen los elementos más activos de los grupos enumerados anteriormente. Están sujetos a detención inmediata y, después después del examen de sus casos por las troikas, a fusilamiento.

b) A la segunda categoría pertenecen los elementos restantes, menos activos pero hostiles. Están sujetos a detención y confinamiento en campos de concentración por un plazo que oscilará entre 8 y 9 años. (...)⁷

El documento continúa fijando el número de personas a ser reprimidas por región hasta llegar a un total de 213.650 en ambas categorías. Llama la atención, como señalaron Getty y Naumov, que se fijaran cuotas redondeadas, las cuales no guardaban una correlación exacta con la población sino que más bien concedía un mayor número a las regiones de mayor actividad económica, donde el régimen suponía que la concentración de enemigos era mayor. Las víctimas debían ser escogidas por el partido, la policía y los funcionarios judiciales locales de acuerdo con su propio criterio. Lo más notable es que casi todo el mundo podía entrar en una de las categorías.

En comparación encontramos que el recurso al terror ciego a partir del verano de 1937 supuso un cambio notable en la política represiva que había imperado hasta la fecha. El discurso alternante entre moderado y radical, legalista y represivo, fue abandonado. Si bien el Comité Central fijó cuotas y procedimientos, no se especificaron los destinatarios de las medidas punitivas y se confió la elección de las víctimas a las troikas⁸ y otros órganos locales. La operación, sin negociar ni precisar quien debía verse afectado, tenía por objetivo eliminar capas estadísticas de la población.

Este terror representó una regresión a los métodos combativos de la Guerra Civil y a la deskulización de 1929, cuando el régimen tampoco fue capaz de especificar exactamente cuál era el enemigo y fijó cuotas redondeadas. El nuevo Terror rojo de 1937 era reflejo de la profunda inse-

⁷ Getty, Arch y Naumov, Oleg; **Op. Cit.** pp. 375-381.

⁸ Las troikas o tribunales de tres estaban compuestas por el primer secretario del partido, el procurador y el jefe del NKDV en los territorios respectivos. Ya habían funcionado durante la Guerra Civil para procesar en el campo de batalla a los enemigos de una manera expeditiva. Posteriormente fueron recuperadas durante la colectivización para dictar sentencias de deportación o ejecución en masa contra los opositores de las explotaciones agrícolas colectivas. Su reinstauración en 1937 era reflejo de lo que, en opinión del régimen, era un clima de crisis en el país.

guridad y escaso control que tenía sobre la población el partido gobernante. Como señalan Getty y Naumov:

“La histeria, la paranoia del espionaje, y la xenofobia alcanzaron cimas insospechadas. (...) La policía repasó los archivos de las empresas extranjeras que trabajaron con Rusia durante la era zarista y detuvo a aquellos de sus empleados que todavía vivían. El NKDV ordenó el arresto de coleccionistas de sellos que tenían correspondientes extranjeros y de ciudadanos soviéticos que estudiaban esperanto. (...) No se trataba de una selección cuidadosa de los enemigos, sino de una rabia y pánico ciegos. No sólo reflejaba la falta de control sobre los acontecimientos, sino que constituía la admisión de que el régimen carecía de mecanismos de control regularizados. No era una línea política, sino el fracaso de la política. Era una muestra de que no se sabía gobernar con nada que no fuera la fuerza bruta.”⁹

Sin embargo es importante destacar que el terror del 37-38 no se ciñó a la elite del partido. Varios líderes trataron de escudarse ordenando las expulsiones y detenciones en masa de miembros del partido. A su vez, las bases del partido denunciaron a sus jefes como enemigos. Fue una guerra de todos contra todos que empezó literalmente a destruir al partido. Es así que para fines de 1938 los líderes de Moscú comprendiendo que no podían gobernar sin nomenklatura y decidieron poner fin al terror. Aunque no de manera definitiva.

Los arrestos y las ejecuciones continuaron hasta bien entrado el año 1941, hasta el umbral mismo de la guerra, e incluso después. Prosiguieron los arrestos de comandantes del ejército Rojo y de importantes funcionarios de la industria de armamentos. Si bien al terminar la guerra se observó un difundido sentimiento de esperanza, creyéndose que las purgas, los arrestos arbitrarios y las ejecuciones no se repetirían, las esperanzas fueron vanas. Según sostiene Laqueur, centenares de miles de prisioneros de guerra soviéticos terminaron en los *gulag* después de la guerra. Las purgas recomenzaron. Primero estuvo el ‘asunto de Leningrado’, en julio y agosto de 1949, que llevó al arresto y ejecución de prácticamente todos los comunistas importantes de Leningrado. En 1949 casi todos los autores que escribían en yiddish fueron arrestados y finalmente fusilados el 12 de agosto de 1952. Por último, en enero de 1953, *Pravda* anunció el llamado complot de los doctores, un "grupo de doctores-saboteadores" que habían sido arrestados por asesinato e intento de "liquidar los cuadros dirigentes de la URSS". Se lanzó entonces una campaña contra los judíos

⁹ Getty, Arch y Naumov, Oleg; **Op. Cit.** p. 382.

bajo el disfraz de ‘cosmopolitismo y sionismo’ que parecía el preludio de otra purga masiva. Sólo la muerte de Stalin en 1953 impidió que la purga se llevase a cabo.

¿Terror revolucionario?

En su célebre obra sobre la Revolución Rusa Sheila Fitzpatrick sostiene la existencia de líneas de continuidad entre la revolución de Stalin y la de Lenin. Para ella no se trata de si 1917 y 1929 se parecieron, sino si fueron parte o no del mismo proceso. De la misma manera que las guerras revolucionarias de Napoleón pueden incluirse en el concepto general de revolución francesa, aun sin encarnar el espíritu de 1789; el accionar de Stalin podría incluirse dentro de la Revolución Rusa.

En base a esto Fitzpatrick se pregunta si las grandes purgas de 1937-38 deben ser consideradas como terror revolucionario o si por el contrario se trató de otra cosa; algo así como un terror totalitario, en el sentido del terror puesto al servicio de los propósitos sistémicos de un régimen firmemente establecido. En su opinión, ninguna de estas dos caracterizaciones describe por completo las grandes purgas. Para ella fueron un fenómeno único ubicado en el límite entre la revolución y el estalinismo posrevolucionario. Se trató de terror revolucionario por su retórica, sus objetivos y su inexorable crecimiento. Pero fue un terror totalitario en el sentido de que destruyó a personas, no estructuras, y en que acrecentó el poder del líder. De hecho, una similitud entre el terror jacobino y el stalinista es que en ambos casos los blancos seleccionados para su destrucción fueron revolucionarios. Como escribe Fitzpatrick: “Aunque sólo sea por razones de estructura dramática, la historia de la revolución rusa necesita las grandes purgas, del mismo modo que la historia de la revolución francesa necesita del terror jacobino”.

De manera coincidente, Theda Skocpol encuentra similitudes entre el terror jacobino y el stalinista. En su libro *Los estados y las revoluciones sociales*¹⁰, al analizar la Revolución Francesa, sostiene que las pautas generales de ejecuciones durante el Terror prueban concluyentemente que su función primaria no fue la guerra de clases, sino la defensa política. Las que, en palabras de Do-

¹⁰ Skocpol, Theda; **Los Estados y las Revoluciones Sociales**. México: FCE, 1984.

nald Greer, ‘fueron aplicadas para aplastar la rebelión y sofocar toda oposición a la Revolución, la República o la Montaña’. Skocpol destaca que “sintiendo quizás lo inseguro de su posición, los *montagnard* en realidad intensificaron el Terror oficial después de las decisivas victorias militares obtenidas. Y lo emplearon no sólo para castigar a los vencidos contrarrevolucionarios sino también para atacar a las facciones de la derecha inmediata (dantonistas) y de la izquierda (herbertistas) que guiaban la dictadura.”.

Esta sería una de las similitudes más sugerentes a la hora de analizar el terror jacobino y el terror stalinista. Ambos se producen luego de las victorias militares (en el caso ruso varios años después) y tienen que ver más con la consolidación de la fracción gobernante que con la profundización de medidas revolucionarias. Sólo atendiendo a su forma y no a su contenido es que pueden ser considerados como terror revolucionario. Dicho esto es importante reconsiderar las diferencias entre estos usos del terror y el terror leninista de la guerra civil. Para Deutscher hay diferencias importantes. La matanza mutua de los jefes jacobinos tuvo lugar en una etapa temprana de la revolución, sus altibajos fueron sumamente breves y todas sus fases parecieron estar regidas por la misma pasión ciega pero siempre renovada. En cambio el régimen bolchevique se acercó al término de su segunda década sin mostrar señales de insania jacobina. Si bien es cierto que no hubo ausencia de terror durante la guerra civil este terror fue una respuesta en el marco de una guerra a una contrarrevolución armada y militante. Sus métodos y objetivos fueron determinados por la naturaleza misma de la guerra. Como advierte Deutscher “a diferencia de los jacobinos, los bolcheviques no ejecutaron a sus girondinos”. Será sólo con el ascenso de Stalin cuando el terror jacobino reaparezca.

Esto mismo es señalado por Fitzpatrick:

...en tiempos de Lenin se trazaba una nítida distinción entre los métodos permisibles de lidiar con la oposición exterior al partido y aquellos que podían usarse contra la disidencia interna. Los antiguos bolcheviques adherían al principio de que los desacuerdos internos del partido quedaban fuera del alcance de la policía secreta, ya que los bolcheviques nunca debían seguir el ejemplo de los jacobinos, que habían vuelto el terror contra sus propios camaradas.¹¹

¹¹ Fitzpatrick, Sheila. **Op. Cit.** pp. 210-211.

El informe de Nikita Jrushchov al XX Congreso del PCUS estaba en lo cierto cuando advertía la diferencia entre Lenin y Stalin: “Stalin, por otra parte, utilizó métodos extremos en una época en la que la revolución ya había vencido. (...) Stalin lanzó al partido y al NKDV a una política de terror cuando las clases explotadoras de nuestro país habían sido liquidadas, por lo cual no había ninguna razón que lo justificara.”

Otra de las diferencias más importantes entre Lenin y Stalin la podemos encontrar en el funcionamiento del partido bolchevique, el cual fue liquidado como organización autónoma y se transformó en un aparato burocrático, y así fue tratado, con un desdén considerable. Como señala Moshe Lewin: “Es sintomático que se abandonara en 1932 el viejo principio comunista del “máximo del Partido”, en virtud del cual un miembro con independencia de su cargo en la jerarquía, no podía ganar más que un obrero cualificado, como sucedió también con otros residuos del igualitarismo inicial... el motivo era evidente, para motivar y controlar a los *apparatchiks*, éstos debían ir asumiendo más responsabilidades y gozar de más privilegios”¹².

También el trato dado a los presos políticos sufrió un cambio radical. Según Deutscher hasta entonces no había sido diferente de la que se les daba en tiempos del zarismo. A partir del asesinato de Kirov toda discusión y actividad política en las prisiones y en los lugares de exilio fue suprimida sin miramientos, y los hombres de la oposición fueron reducidos, mediante las privaciones y los trabajos forzados a una existencia tan miserable y animal que quedaron incapacitados para los procesos normales de pensamiento y formulación de sus ideas.

El sistema penitenciario tampoco quedó exento de cambios. Durante los años veinte los campos pretendían ser una forma más humana de arresto que las jaulas de lo que se denominaba prisiones. Se creía que el trabajo en unas condiciones que se asemejaran a las de un lugar de trabajo normal era la mejor manera de reeducar y rehabilitar a la gente. Según Lewin por aquel entonces, las condiciones de los campos no eran ni mucho menos duras. Todo esto tocó a su fin a finales de los años treinta, a pesar de que las nociones liberales siguieron flotando en el ambiente durante unos años más. Los campos se convirtieron en un instrumento de castigo a través del trabajo (ahora sí de los trabajos forzados), lo que los vaciaba de la filosofía inicial de ser de reeducación por medio del trabajo. Esta nueva tendencia era un efecto colateral de la hiperindustrialización.

¹² Lewin, Moshe; **El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?** Crítica. p.111.

Era fácil movilizar a los prisioneros para trabajar, su coste era menor y estaban sujetos a una disciplina férrea. Al respecto no deja de ser inquietante la siguiente cita de Lewin:

La primera hazaña del NKDV fue la construcción del canal del mar blanco, inaugurado entre aclamaciones en 1931-1932 y considerado la obra de unos prisioneros dedicados y de sus custodios, la policía secreta. Estas odas al trabajo soviético y a las masas trabajadoras escondía una realidad muy diferente: el trabajo corrió a cargo de obreros que no fueron remunerados y a quienes se había despojado de sus derechos; era el fruto de trabajo de esclavos.¹³

Para Moshe Lewin el superestado creado por Stalin era, y estaba destinado a ser, burocrático, un rasgo de su carácter por tener en sus manos todos los activos del país. Según el autor eso explicaría el extraordinario poder que alcanzó la burocracia y la recurrencia a las purgas masivas como forma de coexistir con un complejo de poder que lo evitaba. La respuesta utilizada por Stalin sería tan irracional como patética: las purgas masivas eran inevitables para detener, o cuando menos demorar, los acontecimientos. Para él, según Lewin, las purgas se convirtieron en la quintaesencia de su *modus operandi* hasta el fin de sus días. Las consideraba la estrategia más eficaz, algo así como un medicamento, pues siempre parecían funcionar. En 1953, seguía planeando nuevas purgas, y es más que probable que sólo la muerte le impidió ejecutar a sus acólitos más próximos: Beria, Molotov, Kaganovich y Mikoyán, entre otros.

Lo dicho por Sheila Fitzpatrick puede contribuir a apreciar el cambio cualitativo en el carácter de las purgas. Estas fueron periódicas en el partido en 1921, 1929, 1933-34, 1935 y 1936. Consistían en revisiones del padrón del partido en las cuales los comunistas eran convocados individualmente para evaluaciones públicas de su lealtad, competencia, antecedentes y contactos. Aquellos considerados indignos eran expulsados o degradados al rango de aspirantes. Para Fitzpatrick el terror y las purgas finalmente se unieron en gran escala durante las purgas del 37-38. Durante el gran terror la sospecha a menudo equivalía a la condena, la evidencia de actos criminales era innecesaria y el castigo por crímenes contrarrevolucionarios era la muerte o la sentencia a trabajos forzados.

¹³ Lewin, Moshe; **Op. cit.** p. 150.

El carácter totalmente esquizofrénico de las purgas queda en evidencia ya que las viejas contravenciones aparecía una y otra vez, haciendo virtualmente imposibles dejarlas de lado. Al decir de Fitzpatrick “Parientes indeseables, contactos pre revolucionarios con otros partidos, haber integrado facciones opositoras en el pasado, incluso confesiones burocráticas y errores de identidad pasados; todas estas cosas pendían del cuello de los afiliados, y se hacían más pesadas cada año. Además de que cada purga creaba más enemigos potenciales del régimen... ¡Y muchos de ellos estaban ocultos!”.

Como advierte Slavoj Zizek: “A los ojos de Stalin y su séquito inmediato, el gobierno bolchevique era inestable, estaba fuera de control, permanentemente amenazado por fuerzas centrifugas: mucho más que un despliegue sádico y gratuito de poder, el terror stalinista era un reconocimiento implícito de la incapacidad de dirigir un país por medio de las cadenas ‘normales’ de mando administrativo.”¹⁴

¿Por qué el terror?

Para Moshe Lewin fue, sin lugar a dudas, la necesidad de armarse con una nueva coartada histórica unas de las razones que llevaron a Stalin a iniciar, en 1937, las purgas de cuadros del Partido que llevaba años contemplando. Stalin necesitaba eliminar todo un período histórico y deshacerse de quienes habían sido protagonistas y sabían quién había hecho qué en aquellos años. Para eso debía en primer lugar eliminar al leninismo y domesticar al Partido. En segundo lugar exterminar a los miembros históricos a través de las purgas y la reescritura de la historia, para finalmente producir el reparto de las responsabilidades históricas y el paso a una ideología nacionalista que exaltara a la gran potencia. La cual, al decir de Lewin, comparable al zarismo y que adoptaría precisamente sus características. Para el autor no sería descabellado que pensar que en 1933 Stalin estaba dispuesto a declarar la guerra a la sociedad, e incluso al Partido, con el apoyo de sus acólitos y de los aparatos represivos. Pero es posible que hubiera razones que le desaconsejaran hacerlo, y optase por un ‘interludio’.

¹⁴ Zizek, Slavoj; “Cuando el Partido se suicida”, *New Left Review*, N° 2, p. 161.

Una visión más matizada tienen Getty y Naumov en su libro, en el cual una de las tesis principales es que no es posible inferir la existencia de un plan maestro de desencadenamiento del terror. Para ellos las diferentes iniciativas que precedieron conjuntamente al terror fueron a menudo puntuales, surgieron en respuesta a algún hecho y fueron mutuamente contradictorias. Por lo tanto, no se pueden seguir considerando partes de un mismo plan. Para los autores “Stalin no estuvo seguro de qué tipo de represión quería exactamente ni de cómo imponerla, hasta bien entrado el proceso. Al parecer, no habría optado por la masacre generalizada hasta principios de 1937. Pero, una vez tomada esta decisión, la incertidumbre fue sustituida por una determinación feroz de erradicar todos los focos de deslealtad real o imaginaria.”¹⁵

Incluso si aceptamos la idea, al igual que Deutscher, de que el verdadero motivo de Stalin fue el de destruir a los hombres que representaban la posibilidad de gobiernos alternativos al suyo, nos queda la pregunta de por qué se propuso alcanzar este objetivo recién en 1936.

Para Deutscher, las consideraciones de política interna difícilmente puedan explicar su elección del momento. Por vasto que fuera el descontento popular, era demasiado amorfo para constituir una amenaza directa a su hegemonía. La oposición estaba pulverizada, aplastada, reducida a la impotencia. Sólo alguna conmoción súbita, algún desorden convulsivo que afectara a todo el aparato del poder, podía haberle permitido reagrupar sus fuerzas dispersas y descorazonadas. Semejante peligro iba cobrando cuerpo precisamente entonces y para Deutscher amenazaba desde el extranjero.

El primero de los grandes procesos, el de Zinoviev y Kámenev, tuvo lugar unos cuantos meses después de que el ejército de Hitler marchó sobre Renania. El último, el de Bujarin y Ríkov, terminó al son de las trompetas que proclamaban la ocupación nazi de Austria. (...) En la suprema crisis de una guerra, los jefes de oposición, si hubieran estado vivos podrían haber sido impulsados a la acción por el convencimiento justo o no de que Stalin conducía la guerra en forma incompetente y desastrosa.¹⁶

También Orlando Figes en su último libro señala que la clave para comprender los motivos del gran terror radicaría en el miedo de Stalin a una guerra inminente y en su percepción de una ame-

¹⁵ Getty, Arch y Naumov, Oleg; **Op. Cit.** p. 11.

¹⁶ Deutscher, Isaac; **Stalin. Biografía política.** México, Era, 1965.

naza internacional a la URSS. Lo que Stalin parecía querer evitar era que, en el marco de otra Guerra Mundial, se produjera en Rusia un levantamiento popular similar al que había llevado a los bolcheviques al poder, con la diferencia de que esta vez sería Stalin y no el Zar el que terminaría derrocado. Según Figes, Stalin estaba convencido de que las derrotas de los republicanos españoles en 1936 se habían debido a las luchas internas. “Eso lo indujo a concluir que, en la Unión Soviética, era urgente instrumentar una represión política destinada a aniquilar no sólo ‘una quinta columna’ de ‘espías y enemigos fascistas’, sino también toda potencial oposición antes de que estallara una guerra contra los fascistas.”¹⁷

Continuando con esta idea Figes señala:

“Stalin debía saber que la gran mayoría de estas víctimas eran completamente inocentes. Pero como sólo hacía falta un puñado de -enemigos ocultos- para hacer una revolución mientras el país estaba en guerra, en su opinión estaba plenamente justificado arrestar a millones con tal de eliminar a unos pocos. Como dijo Stalin en junio de 1937, si apenas el 5 por ciento e los arrestados resultaban ser verdaderos enemigos, -eso sería un buen resultado-.”¹⁸

Esto mismo fue expresado por Molotov, varios años después, en su entrevista a Felix Chuyev: “Es dudoso que esas personas fueran espías, pero estaban relacionados con espías y lo principal es que en el momento decisivo, no se habría podido confiar en ellos... Si en tiempo de guerra, Tujachevsky y Yakir y Rykov y Zinoviev hubieran pasado a la oposición, ello habría provocado una batalla tan enconada que se habría producido una cantidad colosal de víctimas. Colosal.”¹⁹

Lo dicho hasta ahora debe llevarnos a considerar dos cuestiones. En primer lugar el carácter totalmente irracional del terror, que no reprimía a enemigos reales sino a inciertos enemigos futuros. Una especie de “terror preventivo” que castigaba a sus víctimas no por lo que habían hecho sino por lo que podían llegar a hacer. En segundo lugar el poco conocimiento que tenía el partido gobernante de su propia población y la total incapacidad de gobernar el país con medidas administrativas normales.

¹⁷ Figes, Orlando; **Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin**. Barcelona, Edhasa, 2009. p. 343.

¹⁸ Figes, Orlando; **Op. Cit.** p. 346

¹⁹ Citado por: Getty, Arch y Naumov, Oleg; **Op. Cit.** p. 391.

Al respecto vale la pena citar el sugerente párrafo de Zizek:

Este reconocimiento implícito de impotencia constituye a su vez la verdad oculta del acto de divinización del líder stalinista, que lo eleva al status de genio supremo, capaz de dar consejo sobre prácticamente cualquier tema, desde cómo reparar un tractor hasta como plantar flores: lo que la intervención de este líder en la vida diaria supone es que las cosas no funcionan ni siquiera en el plano cotidiano: ¿qué tipo de país es éste, en el que el mismísimo líder supremo tiene que dispensar consejos sobre cómo reparar tractores?²⁰

En la misma línea Laqueur se preguntaba por la originalidad propia del stalinismo que lo diferenciaba de otros regímenes totalitarios:

El terrorismo nazi estaba programado para destruir a ciertos grupos de personas; no actuaba indiscriminadamente. No hubo purgas durante la dirección fascista italiana; en Alemania hubo una, la llamada Noche de los Cuchillos Largos, el 30 de junio de 1934. Durante la última parte de la guerra se practicaron muchos arrestos y ejecuciones en Alemania, pero estuvieron dirigidos contra verdaderos opositores al régimen. Todo esto no supone afirmar que Hitler y Mussolini fuesen menos crueles que Stalin. Significa sencillamente que supusieron, y no se equivocaron, que la mayoría de la población era fiel, y que la mera amenaza del terror era suficiente para intimidar a los posibles enemigos.²¹

Sin duda alguna deberíamos reconocer que las purgas bajo Stalin fueron, hasta cierto punto, más “irracionales” que la violencia fascista. En donde otros regímenes fascistas o burgueses buscaban pruebas reales de oposición, los inspectores stalinistas se dedicaban a construir ficciones de conspiración y sabotaje. Al decir de Furet, Stalin ya no lucha contra sus enemigos: los inventa para liquidarlos.

Como resultado de la represión directa de la década del '30 habrá más de dos millones de muertes. Unos 800.000 que fueron condenados a muerte, y otros 2.634.000 enviados al gulag, de los cuales 1.600.000 morirían allí.

Conclusión

²⁰ Zizek, Slavoj; “Cuando el Partido se suicida”, *New Left Review*, N° 2, p. 174.

²¹ Laqueur; Walter; **Stalin. La estrategia del terror**. Bs As., Vergara, 2003. p. 81.

Espero que esta ponencia haya permitido apreciar y reconsiderar algunas de las características del terror stalinista. Como he intentado señalar éste no fue producto del plan maquiavélico de un solo hombre sino que contó con la participación activa de la nomenklatura y de los líderes regionales que, en muchos casos, actuaron por cuenta propia, superando incluso los deseos de Moscú. No pretendí exonerar a Stalin de sus responsabilidades sino mostrar la represión como resultado tanto del consenso como de las inseguridades del líder.

La otra característica a tener en cuenta es el poco control que parecía tener el gobierno comunista sobre su población. El desconocimiento y la desconfianza hacia el pueblo se volvieron problemáticas cuando se conjugaron con las amenazas externas que pendían sobre la URSS. Ante esto el régimen reaccionó con paranoia y desmesura. Cualquier tipo de oposición, pasada o futura, real o imaginaria, debió ser eliminada. Así fue como entre 1932 y 1937, Stalin y la elite partidaria se conjugaron para reprimir opositores. Pero a partir de 1937 todo se desmoronó. Stalin se volvió contra la nomenklatura y ésta se volvió contra sí misma, y ambos se confabularon para inventar la existencia de diversos enemigos en el interior del país. Este estado de histeria y paranoica de todos contra todos terminó para fines de 1938 cuando el mismo Stalin decidió ponerle fin. En el camino dejó millones de muertos y un país profundamente debilitado para enfrentar la guerra mundial.

Bibliografía

- Amis, Martin; **Koba el temible. La risa y los veinte millones.** Barcelona, Anagrama, 2006.
- Deutscher, Isaac; **Stalin. Biografía política,** México, Era, 1965.
- Figes, Orlando; **Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin.** Barcelona, Edhasa, 2009.
- Fitzpatrick, Sheila; **La revolución rusa.** Buenos Aires, Siglo XXI editores Argentina, 2005.
- Furet, François; **El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX,** México, FCE, 1995.
- Getty, Arch y Oleg Naumov; **La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques,** España, Crítica, 2001.
- Jrushov, Nikita; “Informe de al XX Congreso del PCUS”.
- Laqueur; Walter; **Stalin. La estrategia del terror.** Bs As., Vergara, 2003.
- Lewin, Moshe; **El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?,** Crítica.
- Merleau Ponty, Maurice; **Humanismo y terror.** Bs As, Editorial Leviatán, 1986.
- Skocpol, Theda; **Los Estados y las Revoluciones Sociales.** México: FCE, 1984.
- Zizek, Slavoj; “Cuando el Partido se suicida”, *New Left Review*, N° 2.